

## *Uno* **Estefanía y Beatriz**

NO ESTOY SEGURO de que Einstein tuviera razón cuando dijo, si es que lo dijo, que el azar no puede existir porque Dios no sabe jugar a los dados. Hoy en día, cualquier humanista sabe que los tres mayores tiranos del mundo son Dios, el terror y el dinero. Pero también está el tiempo, ese monstruo enrollado que se muerde la cola y te hace caer. De verdad, puedes tumbarte en la cama, cerrar los ojos y dejarte arrastrar por su fuerza. Entonces, gracias al azar, ya no perteneces al mundo real donde existías, sino que viajas por un universo alternativo con terror, sin dinero y en el que Dios no suele estar para salvarte.

¿Quieres saber cómo empezó todo?

A principios de siglo, hace más de diez años, por razones de estudio, aunque quizá fuese por razones que

aún desconozco, llegué a Madrid desde Bilbao para instalarme. De algo estaba seguro: quería cambiar de vida. En algún lugar había escuchado que, para hacerlo, no hacen falta todas las horas del mundo, sino el mundo real a todas horas. Martínez, el cantante del último grupo de rock donde había tocado el bajo, me trajo en su coche después de dejar a mi madre llorando en la escalera y ver desde la puerta la espalda de mi padre, que se alejaba abatido hacia la sala de estar. Ninguno de los dos dijo nada porque ya lo habían dicho casi todo. Ellos nunca estuvieron de acuerdo con mi partida porque mi partida, pienso ahora, era una forma de afirmar el paso del tiempo y la llegada de su muerte. Mis dos hermanas mayores ya se habían casado y Mikel, el pequeño, acababa de trasladarse a Huesca para entrenar a su equipo de baloncesto. Yo era el último hijo que quedaba en el piso, el primero que siempre los había amenazado con marcharse, una amenaza que cumplí cuando más dolorosa tenía que ser para mis padres.

Una vez en Madrid, trabajando de día y estudiando de noche, me dediqué en profundidad al estudio de la Filología. Esto supuso un cambio básico en mi vida, un nuevo comienzo y una manera de alejarme culturalmente de un territorio borroso que me había robado la juventud. Cuando terminé la carrera, me saqué el Certificado de

Aptitud Pedagógica y me presenté a la Oferta de Empleo Público de la Comunidad de Madrid, aprobé el examen con muy buena nota y enseguida comencé a trabajar en lo que nunca había pensado que trabajaría. Pocos meses después, José Antonio Ortuño, el bibliotecario de mi universidad, me presentó a un relaciones públicas de San Sebastián que buscaba profesores de escritura creativa para impartir docencia en unos talleres que estaba montando con un publicista y un informático. Lo llamarían Hostal Bukowski y las clases serían por las tardes, así es que yo podría conciliar ambos trabajos. Era extraño, pienso ahora. Lalito, que así se apellidaba, se autoproclamaba «guardián de la riqueza», y no era un disparate pues buscaba sobre todo colegas que trabajaran mucho y cobraran poco. A mí no me importó: sabía reconocer el potencial narrativo de las historias de un escolar y necesitaba todo el dinero del mundo para irme a vivir con Paula a un piso más grande. Por eso, cuando Hugo J. Platz, mi viejo colega de matemáticas en el instituto de Leganés a donde me enviaron a hacer las prácticas, me llamó por teléfono para invitarme a una cerveza y pedirme que lo ayudara *a continuar el relato sobre ETA* que su padre había iniciado *en unas breves notas manuscritas y alumbradas por un proyecto mucho más ambicioso* que una novela, llamada *Rabthcisnu*, acepté. Al fin y al cabo, por aquella época no tenía nada que contar, estaba pisando el mismo charco todos

los días, y esto podría ser no solo un desafío, sino una experiencia de la que sacar algo provechoso, y verdadero.

Llevaba muchos años sin escribir, pero cuando la necesidad de la escritura nos arranca palabras sinceras, decía Lucrecio, cae la máscara y aparece el hombre.

Las notas, sumamente dispersas, estaban redactadas a veces con una caligrafía ilegible y, otras, en letras mayúsculas sobre pósits que poco o nada tenían que ver con su delgado argumento principal. Con esto quiero decir que aquella historia se presentó ante mí desordenada, sin una trama precisa que me llevara a pensar que no hubiera una posible conspiración o en la existencia real de sus ridículos personajes. De hecho, el esfuerzo de reconstrucción de la intriga fue muy desagradable, agotador incluso, capaz de interponerse entre mi vida familiar y la escritura, puesto que Paula, en los meses anteriores y posteriores al nacimiento de Marcelo, se mostró bastante arisca por mi falta de consuelo y el refugio ermitaño en que se había convertido mi despacho; sin embargo, todo me atraía, todo me gustaba. El sentido de una frase escrita en un comentario secundario sobre una anotación en una servilleta de bar podía paralizarme durante horas, dejarme absorto en mi propio pensamiento sin que nadie, ni siquiera ella con su angustia, pudiera sacarme de aquel universo

paralelo. «En cierto modo», comenzaba una hoja, «todos los atentados con bomba son iguales». «Una lluvia abrasiva de tuercas, tornillos y fragmentos de hierro había arrastrado todo cuanto había vivido hasta entonces en un radio de cincuenta metros a la redonda», decía otra. Lo cierto es que las cámaras de la Clínica Moncloa captaron el instante de temblor; luego se apagaron. ¿Víctor?, preguntaría ella, Estefanía Santiago, al mover la cabeza hacia un lado y hacia el otro, pensé. Siempre sumida en una lentitud extrema, vería que todo estaba ardiendo en llamas, que el margen del cuadro que hacía nada conoció ahora se había resquebrajado como un edificio de cartón azotado por el fuego: el Mac Pig & Mac Peg y la entrada de la clínica, rodeados de un jardín artificial con flores y palmeras de plástico barato, estaban quemados por la fiebre de la bomba; el quiosco de la prensa, una caja rectangular de acero galvanizado y endeble láminas de aluminio, ya era chatarra. Mientras leía recordé haberme acercado con Paula hasta la avenida de Valladolid para ver con mis ojos la tragedia, como hice en mil novecientos noventa, en Santurce, cuando la Organización colocó un camión bomba, cargado con cien kilos de amonal y doscientos de metralla, en el arcén en obras de la carretera que une Cabieces con Balparda. Los policías nacionales venían de cubrir el partido de fútbol entre el equipo local y el Aragón y salieron despedidos de la

lechera más de cien metros hacia las campas situadas a la izquierda de la vía.

—¿Víctor? ¿Víctor? ¿Víctor?... —repetiría ella.

Al día siguiente del atentado, Jacob Platz llegó al piso de su hijo con el pelo alborotado y la camisa manchada. Le pidió un vaso de vodka y se quedó con él y con Virginia muy poco tiempo. Les dijo que tenía que irse rápidamente. Trabajaba no lejos de allí, tenía las llaves del piso y de vez en cuando les hacía una visita.

El profesor, mientras le servía el alcohol, le preguntó si se encontraba bien. Su padre estaba más cansado de lo habitual.

—Solo necesito un respiro —dijo antes de beber—. Esta vez se ha pasado.

—¿Qué quieres decir? —El profesor estaba seguro de que se refería al atentado, pero le inquietaba aquella «n» hurtada al verbo, aquella «n» que le faltaba a la palabra.

—No sabes nada.

—Sí que lo sé —dijo él—. ETA necesita muertos sobre la mesa para negociar con el gobierno. Siempre ha ocurrido de esta manera. Tú mismo lo dijiste cuando secuestraron y ejecutaron a Miguel Ángel Blanco.

—No, no lo sabes. Esta vez no ha sido ETA y él ha ido demasiado lejos. Solo era una niña. Más joven que tú. Ella...

No terminó la frase. Apuró el cristal helado y se marchó del piso. Hugo se quedó pensativo: si no había sido ETA, quién podía hacer algo así.

El claxon del autobús no dejaba de sonar. Desde su posición privilegiada, Estefanía pudo ver al conductor desmayado sobre el volante. Ya de pie, alargó el brazo, con temor a quemarse con los hierros, y lo sujetó por la barbilla. Le temblaban las manos cuando apartó la cabeza muerta hacia atrás y vio que algo, quizá una tuerca de camión de la metralla, le había perforado el cráneo. Estaba hendido de oreja a oreja por encima de los ojos como si alguien le hubiera encajado una hoz. Mientras que la herida, desde una perspectiva oblicua y ladeada, podía parecer una Y, vista desde arriba, parecía una Z. Puestos a imaginar, también podría verse desde el otro lado de la calle, lo que haría de la Z una M o una S. Aunque pasado el tiempo ella la recordaría como una H, una H que son dos campos cuadriculados y paralelos, apagados y sin flores, como el pequeño huerto de su padre en los bosques de Solana, separado por un camino de tierra muerta.

Salió del autobús por encima de los cuerpos calcinados y caminó hacia el parque del Oeste. El sol, con poca fuerza ya, penetraba entre las hojas de los árboles,

pequeños puntos luminosos que giraban en extraños resplandores. Desde el fondo de la tarde se escuchaban lejanas sirenas de coches de policía y de ambulancias, gritos remotos separados de ella por algunos segundos, minutos quizá. Se dejó caer hacia atrás, cerró los ojos e imaginó la venganza. Aún no sabía que después del atentado vendría lo peor.

Un grupo de adolescentes, muchachas en su gran mayoría, descendió por un sendero de tierra y se perdió tras las coníferas. Ella se quedó tiempo así, llorando y pensando en Víctor Ferreiro y en *Rabthcisnu*, en la posibilidad de que todo se hubiera ido a la mierda y en cómo sería su vida a partir del instante en que se levantara y echara a andar. La ciudad se había callado, desbordada por el silencio de los cipreses que emergían de las profundidades de la tierra hacia el sol. Tanto silencio veraniego comenzó a incomodarla, así que se puso en pie y se dirigió hacia el sendero de tierra por donde habían bajado las chicas. Al poco, escuchó maullidos cercanos que provenían de la parte trasera de unos arbustos frondosos. Retiró las ramas, pinchándose en los dedos con las espinas que nacían del tejido leñoso, y vio una caja de cartón, en cuyo interior un cachorrillo de gato arañaba las suaves paredes amarillas. El animal, desnutrido, era un diminuto siamés de cabeza triangular y ojos azules que parecía ciego y enfermo.



No debería preguntarse si lo habían abandonado porque estaba bastante claro, pero sí por la clase de ser que habría podido hacer algo así. Ella siempre había querido tener un animal de compañía, un gato o un perro, pero jamás la dejaron, primero su padre, y luego Víctor Ferreiro, que a veces se comportaba como un auténtico cretino.

Alguien dijo:

—Nos engañan, eso sucede. El gobierno no quiere que sepamos la verdad. Ya pasó una vez con los trenes y ahora se repite de nuevo.

—¿Y por qué nos iban a engañar? Ha sido ETA y ya está.

—Puede haber sido Al Qaeda. ¿No crees?

—¿Estás seguro? Mi padre dice que esta vez ha sido cosa de ETA, y se ha alegrado por ello.

—Cualquiera puede haber sido, la verdad. ¿De qué preocuparse? Estamos de fiesta. ¿No os parece suficiente?

El chico trataba de besar a la chica cuyo padre aseguraba que la autoría era cosa de ETA y no de Al Qaeda.

—Déjame —escuchó—. Eres cruel.

—Tu padre es cruel.

—Bah, que te jodan.

—Que te jodan a ti.

Bajo el fulgor ardiente de los escaparates violetas de las tiendas abiertas aún, la chica tenía un rostro

ingenuo y dolorido. Su cabello, largo y lacio como un telón negro de humo, caía por sus hombros hasta media espalda. El chico se acercó y rodeó su cintura con un brazo resistente.

—¿Vamos al Mac Pig & Mac Peg—dijo él—, al McDonald's o al Burger King?

—Me da igual... ¿Existe alguna diferencia?

Al llegar a la plaza de los Cubos, Estefanía se separó de ellos. Alcanzó la explanada, su espacio abierto y repoblado, el monumento plateado y abstracto, dejó atrás el McDonald's y el cine, el Starbucks Coffee, y entró en las galerías del edificio. Saludó al portero, un hombre con manos de pájaro y dientes de ratón, y este le dio un taco de cartas para su prima. Eligió un ascensor. La luz blanca e intensa se abalanzó sobre ella, como el mal olor que arrastraba. Apestaba, sí. En aquel espacio cerrado se dio cuenta de que olía a basura acumulada y descompuesta al sol durante días. ¿El gato desprendía aquel hedor nauseabundo y repulsivo o era ella? Eran los dos.

Golpeó con los nudillos en la puerta, pero luego llamó al timbre. Del interior salía hacia el pasillo el murmullo armonioso de la voz de Édith Piaf, voces y risas. En el apartamento había una fiesta a la que Víctor y ella estaban invitados, pero días atrás le habían dicho a Beatriz que no llegarían a tiempo porque terminarían muy tarde

en el trabajo. Entonces, para el mundo real, Estefanía era vigilante de seguridad, y antes responsable de un comercio, azafata en un museo y comercial para una empresa de telefonía móvil. Nadie podía saber nunca que trabajaba para el gobierno.

En el tiempo que transcurre entre el final de una canción y el inicio de la siguiente, en ese lapso de silencio musical, su prima Beatriz abrió la puerta vestida con una blusa semitransparente de verano y unas babuchas compradas en Lavapiés. Llevaba un corte de pelo estilo años treinta, un porro de marihuana prendido entre los dedos y sus ojos estaban inyectados en sangre. Demasiado peinada, mostraba cierta indiferencia que se traslucía en su forma de mirar algo distante. Al fondo, en grupos de tres o cuatro, varias mujeres conversaban tiradas en el sofá, bebían vino tinto francés o cerveza francesa y comían frutos secos en enormes boles de porcelana de color verde oscuro. Una de ellas llevaba la cabeza afeitada, pero, en suma, casi todas tenían el pelo cortado a cepillo.

—¿Alguien ha preguntando por mí?

—Claro —respondió Beatriz—. Todo el mundo ha preguntado por ti.

Sabía que no podría esconderse en el piso de su prima mucho tiempo, ya que tarde o temprano la encontrarían. Se sacó el anillo Swarovski del dedo anular de la mano

izquierda y plantó sus grandes ojos grises en los de su prima Beatriz.

—Toma —dijo—, un regalito.

—¿Pero...?

—Víctor y yo hemos roto para siempre.

—¿En serio?

Beatriz suspiró, fumó una calada del porro y la escrutó unos instantes. Nunca le cayó bien a Víctor ni Víctor a ella.

—No puedo aceptarlo —dijo—. Tíralo a una alcantarilla.

—Lo haré por una calada.

—¿Y eso?

—Un gato.

—Vamos, pasad.

Mientras se duchaba y lavaba al animal en la bañera, le contó a Beatriz que el corte en el labio se lo había hecho en su piso, al golpearse ella misma con una puerta mal cerrada. Su prima, con un nuevo petardo encendido y colgando del labio, se levantó y sacó agua oxigenada de una caja del armario y preguntó si él solo le había hecho eso y si se había repetido más veces. Se volvió hacia Fani, con un apósito empapado, que colocó sobre la herida. Siempre había desconfiado de Víctor. Tranquilo algunas veces, otras hacía o decía cosas fuera de propósito y le daba la impresión de que nunca la había tratado como se merecía, ya que Fani era para ella una persona sensible. Nunca se lo había comentado de una manera tan

directa, porque habérselo dicho significaba herirla y Beatriz solo quería que tuviera lo mejor.

—No es lo que piensas.

Ella hizo caer la ceniza en el lavabo y asintió con un gesto de pocos amigos.

—Creo que deberías ir a que te vea un médico. Y denunciarlo.

—¿Tienes una botella de plástico y un guante de goma? Este gato tiene hambre.

Beatriz inspiró hondo por la boca.

—No me estás escuchando, Fani.

Era cierto: nunca la escuchaba.

En la cocina, vertió leche en un cazo, la hirvió y la dejó reposar hasta templarse. Buscó una botella vacía de cerveza, la lavó y después le acopló una tetina improvisada con el dedo de un guante de goma que encontró en el botiquín. Mientras el gato bebía acurrucado entre sus piernas, Beatriz sacó la cena para los invitados. Durante un tiempo, el animalito fue el tema de conversación. Marián, una amiga de Beatriz a la que Fani no conocía de nada, se acordó de Mitsou, la mascota de Balthus, a quien el pintor dedicara sus dibujos sobre la pérdida y la frustración después de encontrarlo en la calle, adoptarlo y perderlo. Ella sugirió llamarlo de aquel modo, puesto que la historia de ambos gatos parecía similar.

—Ya pensaré en un nombre para él —dijo Fani.

—Bueno, yo no creo que sobreviva.

Poco después de la medianoche, el portero de la finca se presentó en el apartamento preocupado por el aviso de una vecina a la que le molestaban las voces y el volumen de la música. De seguir así llamaría a la policía. Beatriz gritó desde el descansillo que alguna apagara el equipo y las demás se callaran de una puta vez. Lo repitió dos veces, de una puta vez, porque ella intentaba que al hombre se le grabara en la cabeza la idea de que todas iban a ser buenas chicas. El hombre se alejó por el pasillo y ella cerró la puerta. Demasiado fumada, trastabillaba al dirigirse hasta la ventana entreabierta, cerrarla y, de nuevo, encender el equipo, pero ahora a muy bajo volumen. Se acercó a un grupo que se había formado en torno a Marián y preguntó de qué coño estaban hablando. La conversación, más seria aún que la anterior, se refería al atentado. Sasha había recibido un mensaje en su móvil sobre las últimas noticias y no había podido evitar sacar el tema en la fiesta.

—¿Se sabe quién ha sido?

—¡Ha sido ETA!

—Yo pensé que nadie había reivindicado aún el atentado.

—Cualquiera...

—Es cosa de Al Qaeda. La ETA tiene las tetas caídas, ha llegado a vieja y, al igual que a nosotras, no le sienta bien envejecer.

—Sí, los moros tienen ese grado de locura.

—Yo entre moros, yihadistas, musulmanes, árabes y Al Qaeda me hago el coño un lío...

—Esos ponen bombas en trenes y no en autobuses, joder.

La noche continuaba deshilvanando el tiempo en forma de estrellas y el equipo de música ronroneaba a un volumen casi imperceptible *Le Métèque* de George Moustaki, a quien alguna llamó «Jorge el Mostaza». El aparato de música primero había susurrado *Le Deserteur*, *Ne me quitte pas*, *La mer* de Charle Trenet y *Je t'aime... moi non plus*, el éxito orgásmico de Gainsbourg y Birkin, una anthologie de vinyle que Beatriz había preparado con esmero. Nerviosa por la fiesta, días atrás había buscado en Google «canción francesa» y había llegado hasta la entrada de la Wikipedia titulada «Chanson», donde aparte de los citados cantantes también estaban Jean-Jacques Goldman, Mylene Farmer, Alizée y viejos trovadores medievales y renacentistas, aunque de estos no encontró en el eMule nada más que un par de canciones con muy mal sonido.

Cuando por fin las invitadas de su prima decidieron marcharse, eran las cinco de la madrugada.

—¿Tu prima? —María C. se palpó los bolsillos y sacó su mechero—. ¿Dónde dormirá?

—Conmigo.

—¡Qué suerte tienes, zorra!

Salieron al descansillo, donde trataron de hablar en voz baja. Marián señaló la puerta de la vecina de al lado y Beatriz movió la cabeza. El porro apagado le bailaba entre los labios y María C. se lo arrebató con un movimiento de manos ágil y gracioso. Prendió la punta del canuto con la llama del mechero y demostró un pulso firme a pesar de su consumo de alcohol. Dentro del apartamento, Fani solo debía pensar en dormir.

—¡Pero ellos no tienen a Contini! —gritó Beatriz. Apoyada en la pared, lo dijo sin importarle una mierda que la vecina reconociera su voz. La detestaba, una cretina que siempre que traía a sus amigas a cenar a su apartamento le enviaba al portero de la finca para protestar y quejarse en su nombre.

Marián susurró:

—¿Qué?

—Que los franceses tendrán nueve Premios Nobel más que nosotros, pero ellos no tienen a un escritor de ciencia ficción como Serafín Contini.

—Ya.

Beatriz había tornado a una conversación dejada a medias en la cena.

—A mí me gusta la ciencia ficción —terminó por decir—. Y creo que eras tú quien tenía razón y no ella —La chica



se dio por aludida, pero no dijo nada—. Ha sido una fiesta francesa tan hermosa... ¿Cuándo volveré a veros, chicas?

—Cuando quieras.

—À tout à l'heure...

—Au revoir...

—À tout de suite...

—À bientôt...

—Au revoir, c'était une fête magnifique...

Al otro lado de la casa, sentada en un extremo de la cama, Fani escuchó que su prima cerraba la puerta.

—¿Crees que la vida es un sueño? —le preguntó a Beatriz cuando regresó y se sentó junto a ella.

—Si te digo la verdad, hoy me he levantado a las cuatro de la tarde y me ha parecido un viernes como otro cualquiera. Eso sí, en lugar de retirar la taza del café y meterla en el lavaplatos, la he guardado en la lavadora.

—Alguna vez... También a mí me ha pasado.

Fani se quedó pensativa, luego dijo:

—La vida más que un sueño es extraña y entra en la medianoche con su voz de terciopelo envenenado —recordó un verso.

—¡Joder, Fani! ¡Qué bonito!

—Recojamos todo y démonos una ducha —cambió de tema—. ¿Me prestas un pijama?

—¿Te vas a duchar otra vez?

—No sé, sigo oliendo mal.

—De acuerdo, pero mañana recogemos. Duchémonos juntas. También yo la necesitaré.

—¿Te acuerdas de los veranos en la casa de mi padre?

—Claro que me acuerdo.

—Todo eso se ha perdido.

—Fani, ¿qué te pasa?

El pijama de Beatriz le quedaba como un guante. En el salón, fumaron otro porro. Cuando se hubo consumido y notaron los efectos de la hierba, se acostaron en la misma cama. A Fani el colchón le resultaba blandito y diferente al que ella compartía con Víctor, aunque también este se hundiera hacia el centro. Esto hizo que tuvieran que dormir abrazadas y que Beatriz sintiera los pechos de su prima clavados en la espalda dolorida.

—¿Dios existe? —preguntó.

Beatriz no estaba dormida, sino que observaba en la oscuridad el brillo del anillo Swarovski sobre la mesita de noche.

—¿Qué? —susurró.

—Lo que has oído.

Las luces de la plaza de España penetraban por el cristal apagado. En la penumbra se veía el brillo de sus ojos, tan diferentes.

—No lo sé —admitió—. Cuando hice la catequesis pensaba que sí, pero en este momento aprovecho al máximo la vida porque luego no habrá nada, pero nada

de nada, y la vida es el más preciado tesoro porque sin ella estaríamos...

—Pero ¿lo crees de verdad o te han obligado a pensar así?

—¿Obligada? Tal vez, pero existe el bien y existe el mal, existen las enfermedades, existe el Demonio, que es la cara negativa de Dios, existe el hielo y existe ETA todavía, y esas cosas buenas y malas que... ¿Desde cuándo no estáis juntos?

—No quiero hablar de ello —dijo, pero lo estaba esperando. A su prima, ni siquiera a ella, le podía decir la verdad, más bien al contrario tenía que idear una historia verosímil que funcionara como coartada.

—Me puso los cuernos.

—¡Hijo de puta! —Beatriz apretó los puños—. ¿No tenía bastante contigo? ¿No se la chupabas lo suficiente? ¿Era pedir demasiado que tuviera la bragueta cerrada mientras tú trabajabas? ¡Dios, qué mierda de hombres!

—No importa —la tranquilizó su abrazo, cerró los ojos y vio el cuerpo de Víctor abrasado por el fuego—. Ahora estoy con otro.

—Joder, Fani. ¡No pierdes el tiempo!

—Lo conocí en mi trabajo, pero es alguien mucho mayor que yo.

—¿Mayor que tú?

—Es mi jefe —dijo emocionada—. Se llama Jacob.

—¡Qué fuerte! ¿No?

Lo tenía preparado desde el ascensor porque sabía que él vendría a buscarla, se presentaría ante ella y trataría de arrastrarla a su mundo, para recuperarla. Lo sabía, y por esta razón preparaba el terreno, para que su prima no hiciera preguntas estúpidas cuando Jacob llegara sonriendo, con un cigarrillo en los labios, con toda su palabrería, para seducirla, seducirlas a las dos.

—Bea, creo que deberíamos tratar de dormir.

—Sí, mañana será otro día.

Fani no contestó. Cerró los ojos y se durmió. Soñó con una playa y un avión que se estrellaba en el mar, con cuerpos devorados con ferocidad por tiburones.